

# EL FÍGARO

SEMANAL DE LETRAS

**Tomo II**

SAN SALVADOR, DOMINGO 15 DE SEPTIEMBRE DE 1895

**Num 21.**

REDACTORES Y PROPIETARIOS:

*Arturo A. Ambrogi*      *Víctor Jerez*

Co-REDACTORES:

*J. Antonio Solórzano*      *Isaías Gamboa*

ADMINISTRADOR:

*Gustavo M. Medina.*

## Página Patriótica

EL 15 DE SEPTIEMBRE.

Llegamos ya, señoras mías, muy señores míos, al quince de septiembre, á nuestro gran día. Llegamos á él, alegres y decididos, con el alma dispuesta al placer, henchido el pecho de santo entusiasmo y patriotismo. El gran día de la patria!.....Flamea en el ambiente claro y primaveral el pabellón tricolor. Ah! Nuestra bandera! Bajo sus pliegues se abrigaron nuestros padres, mientras las balas llovían, como torrentes de lágrimas de fuego, en las obscuras noches de nuestras luchas cruentas y sanguinarias, y la sangre, roja y fresca, empapó la enseña santa. Nuestra bandera tiene los colores más vivos y significativos. El azul de sus listas, es el color de las ilusiones, el matiz de los ensueños del adolescente. Azul....Como girón de cielo otoñal. Azul.... Como ola del mar que llega á lamer la arenosa playa y se desfleca en espuma....Rojo! Ah! La sangre....El fuego....La escarlata del gorro frigio....Blanco! El ensueño del niño....La veste de la desposada casta....La espuma intacta, la azucena sagrada, las fajas de lino, tibio y oloroso, con que se vendan las heridas redentoras.... ¡Nuestra bandera! Por todas partes veía brillar esos colores: en el cucurucho de confites de los chicos, en las cajetillas de los cigarrros, en el *chiché* llamativo de un aviso, sobre la puerta de algún tenducho; en todas partes. Preside las fiestas populares. La saluda, al enarbolarla en el asta, á la hora fresca del amanecer, el estampido del cañón, el trueno de los petardos, las dianas de las músicas militares, la lluvia de cohetes.... Se llena de entusiasmo el corazón, el grito entusiasta estalla en los labios, cuando la vemos pasar ante nosotros, llevada en alto, entre el escuadrón de soldados de aire marcial, y guerrera flamante, al són de gloriosa marcha. Entonces....La sangre se sube á la cabeza, en oleadas; sentimos escalofrios por todo el cuerpo: somos salvadoreños y somos patriotas.....¡Salve!.....

Nuestro pendón, siempre glorioso, pasa ante nosotros!...Hinquemos en tierra la rodilla y descubramonos reverentes.....

Cuando niños, ¡qué entusiasmo! ¡qué delirio por este día que hoy casi pasa desapercibido! Desde muy temprano la casa estaba en revolución. A la salva de cañones y las dianas de las bandas que saludaban en la Plaza de Armas la elevación de la bandera, hacía coro nuestro grito, aún en la cama. Nos levantábamos rápidamente. Ese día era de estreno. Luego....A la calle todo el día, á seguir la marcha de los soldados por las calles; á presenciar la gran parada, á ver á los briosos militares.... Hasta por la noche se volvía á casa. Y el regaño paterno llegaba siempre, pero.... ¡Qué importa, si llegaba después de haber gozado!.... ¡Qué de recuerdos!

Hoy, casi ni nos acordamos de que es 15 de septiembre; de que hoy es nuestro gran día. El 15 llega para gozar, para hacer ruido; no para entristecer ni para aburrirse. El gozo comienza el 14. Este, trae de la mano, *enchispao* ya, á ese otro señor, que es militar retirado y que goza de una pensión. Es un crimen nuestro el recibirlo así; como á un extraño, como á un cualquiera..... Recibámosle como se lo merece. No lo desdeñemos porque hoy es pobre, porque á botado, en complacer nuestros caprichos, todo su capital. Recibámosle bien. Sentémosle á nuestra mesa, sirvámosle de nuestro vino; hagámosle charlar y reir. Ya es un anciano: tiene 74 años encima. ¡Pesada carga!

Fuera del discurso oficial, del banquete de orden en el Consistorial y del aluvión de discursos patrioteros en el paseo de Morazán, el 15 pasa como un día común, como un martes de semana. Es esta una fiesta que hace el gobierno, como por no dejar morir la costumbre. El pueblo casi no toma parte; él, que debía ser en la festival el alma. Tiene la fiesta una languidez exasperante, una seriedad oficial, un dejo de etiqueta fastidiosa. No. No debe ser así. ¡Lejos esas ceremonias tonterías! ¡Fuera los discursos cansados, de sabor académico! Dejadle eso á la gente de abajo, señores de arriba. ¡Que hagan ellos sus alocuciones! Dejad que al salón Municipal, en que el Gobierno está presente y el que llena la pechera deslumbrante, la levita traslapada irreprochable y el sombrero de pelo llegue "el ja-

yán"; que esa tribuna que hoy ocupan hombres de gobierno, la ocupe el plebeyo de camisa de manta, *charra* de palma y chaqueta de *jerga*, y que nos recuerde que él, el de abajo, fué quien nos dió la independenciam de que alardeamos; que él fué el que luchó encarnizado y fiero, que él fué quien derramó su sangre y fecundó con ella el árbol hermoso de la paz. Dejadles. Luego que llegue lo demás. Haced, señores del Gobierno, una fiesta *para* el pueblo. Tomadles de la mano y decidles: "¡gozad, ya que á vosotros os cuesta todo esto!"

Este es el día de los discursos, de los versos. El día en que á los poetas anónimos declaman sus versos, encaramados en el pedestal de la estatua de Morazán, ante la gente que aplaude á rabiar y prorrumpen en gritos cuando oye estas palabras: "Patria", "Independencia", "Tiranía", "Pueblo aguerrido"

No. No desdeñemos al 15. Recibámosle como se merece; con el alma abierta al placer y el pecho henchido de entusiasmo y de patriotismo! Con arcos de palmas y cestos de flores, como se recibe á un libertador, después del triunfo!

¡Que las almas, hoy dispuestas al placer, sacien en el vino de la alegría su ansia indecible! ¡Que la bandera gloriosa flamee, lustrosa y viva, en el ambiente claro y primaveral!

Para las tumbas de los próceres, mandemos coronas de flores; inclinemos la frente y saludemos con el alma á la figura veneranda del Padre Delgado, en el lienzo que ostenta, como una muestra de gratitud, el Municipio, en su salón de honor, y para el bronce de Morazán, en su paseo, tengamos un "¡viva!" que nazca del alma y estalle en los labios.

CONDE PAÚL.

## Lempira

(Personaje Indio)

Vástago fiel de la indomable raza que sustentó la savia de esta tierra; león en la lid, como huracán de guerra, siembra la muerte por doquier que pasa.

Rudo, salvaje, con valor rechaza las enemigas huestes; no le aterra la bravura española, porque encierra su pecho sed de libertad que abrasa.

Cesa un momento el belicoso estruendo: el negro engaño el español prefiere, y al gran Lempira, su puñal blandiendo,

en las tinieblas, la traición le hiere.... Y entre la indiana multitud gimiendo, en su peñol, como Espartaco, muere!

VICENTE ACOSTA.

## El despertar de la Patria

¡Oh caros hijos de la patria mía,  
Rebosando de plácida alegría,  
Al viento desplegad vuestros pendones  
Y saludad con dianas de clarines  
Y al estruendo marcial de los cañones,  
Al Sol de libertad que en los confines  
Del Oriente, aparece entre celajes  
Que semejan rosados cortinajes  
De vaporosos tules  
Que Dios puso á los cielos siempre azules.

Hosanna! hosanna!—repetid fervientes,  
Y erguid, erguid vuestras altivas frentes,  
Y recibid el beso apasionado,  
Que como tierno esposo enamorado,  
Os envía en sus rayos esplendentes,  
Aquel astro de vívidos fulgores  
Que os llamó el amor de sus amores!

Se entreabren las puertas de topacio  
De un mágico palacio,  
Y envuelta en manto de color de cielo,  
Coronada de blancos azahares,  
Sin lágrimas de duelo  
Ni hondísimos pesares,  
VIRGEN PÚDICA, hermosa,  
Joven y vigorosa,  
En sus venas mezclada  
La sangre indiana con la sangre ibérica,  
Al rumor de las ondas de dos mares,  
Con sus lagos, sus ríos, sus pinares,  
Despierta Centro-América!.....

Vedla! llama á sus padres adorados  
Que extáticos se postran deslumbrados  
Ante tanta belleza y tanta gloria,  
Y los nombres escribe, conmovida,  
De aquellos hombres que le dieron vida  
En el libro grandioso de la Historia.

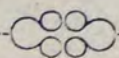
Y entre tantos y tantos regocijos  
—¡Oh! decidles así á vuestros hijos—  
Exclama con acento que enardece,  
Y el llanto sus mejillas humedece:  
—¡Abrazaos, oh centroamericanos!  
Que todos sois hermanos!  
A Caínes que á lucha fratricida  
Piensen lanzaros, no les déis cabida;  
No os postréis ante ídolos de barro  
Ni ante basuras que huracán encumbre;  
Ni os ciegue ni os deslumbre  
El brillo de las áureas charreteras  
Que ostenten los chacales y panteras!  
Que ese culto, ¡oh pueblo tan amado!,  
Te lleva maniatado  
A oscuros precipicios,  
Donde la podredumbre de los vicios  
Extingue tu energía,  
Te convierte en anémico y endoble  
Y te marca con sello indeleble  
La frente mancillada por la orgía.....

Mas ¿qué pasa?...Oíd, de las montañas  
Sale un grito....Mirad! ya las cabañas  
Se incendian, se destruyen....  
Ved! De las selvas huyen  
Los pájaros cantores,  
Abandonando, tristes,  
Los nidos de sus poéticos amores.

Las turbas ya se agitan,  
Se oye un rumor que aterra,  
Ya los Caínes gritan,  
Y se oye lejos el clarín de guerra!....  
Y la patria, la patria tan hermosa,  
Se oculta ruborosa  
Bajo un velo de negros nubarrones....  
Y oyesse el estruendo  
Terrífico y tremendo  
De la lucha. Ya ruedan los cañones  
Por los despeñaderos y los flancos,  
Y por valles, por lomas, por barrancos  
Cruzan ágiles rudos escuadrones.....  
.....  
¡Oh! apartad los ojos de ese cuadro  
De sombras y de horrores!  
No miréis cómo ruedan por el suelo  
Los bravos lidiadores.

Mirad, mirad al cielo  
Que, heraldo de ventura y de consuelo,  
El ángel rubio de la paz bendita,  
Bajo un arco de iris aparece  
Y un ramo de olivo nos ofrece,  
Diciéndonos con voz arrobadora,  
Dulcísima y sonora:  
— Oh centroamericanos!  
Abrazaos, que todos sois hermanos!

JUAN ANTONIO SOLÓRZANO.



## A través de una alma

### I

Andrés era un buen creyente. Nacido en un rincón apartado de una provincia, en un pobre pueblo, su madre, mujer muy religiosa, supo darle una educación ejemplar. Hacíale asistir á casa del cura, todas las tardes, á aprender la doctrina y á los siete años hízole recibir la primera comunión, en toda regla y con gran alegría. Antes de acostarse, hacía al chicuelo, que por entonces no pensaba más que en los trompos y en los *barriletes*, rezar una media docena de salves á la Virgen María, y por lo menos tres padres nuestros al buen Dios, á aquel señor de profusa barba blanca y nariz aguileña que veían siempre en la iglesia, á la hora de la misa, y que se resguardaba bajo un gran camarín de cristales y molduras doradas. Al levantarse, por la mañanita, á la hora fresca y perfumada en que el sol nace y se abre el broche durmiente de las flores y en el establo las vacas mugen, mientras las ordeñan, y balan

las ovejas mansas y es el corral una greguería espantosa, Andrés, de rodillas sobre las removidas sábanas, desperezándose aún, restregándose con el dorso de las manos los ojos ofuscados y rehacios á la luz que inundaba la estancia, daba gracias á Dios, "nuestro señor", por haberle concedido la gracia de pasar una noche buena y amanecer con felicidad.

Y así fue su vida de chiquillo; dada al juego y al rezo, á la travesura y al respeto. Con la última ráfaga de un credo entre los labios, rezado después del desayuno, salía el chico al patio, á todo escape, revolviendo los anchos bolsillos de su saco de dril inglés, que era el arsenal de infinidad de baratijas; sacaba su trompo, mientras los compañeros, los buenos chicos de las vecinas, trazaban sobre la tierra seca, con un *tejo* y con una habilidad suma, la figura rara de una enorme *pasarralla*. Después, al almuerzo. Comía rápidamente, á todo vapor, como si lo precisase alguien, y con el último sorbo de café, tomaba de encima de su cama su sombrero y su libro de Ripalda y se iba á casa del cura, á aprender la religión. Al salir de casa se unía á la turba de muchachos y se iban al viejo convento, todos juntos, unos silbando, otros jugando á las *chibolas*, mientras el sol ardía en los techos de las casas, reververaba en los charcos de las calles y agostaba la hojarasca de los árboles.

Andrés era un pobre inocente. No había para él más mundo que su pueblo, casa más feliz que la suya, mujer más buena que su madre, ni más muerto querido, en el pobre cementerio del pueblo, que su padre. Su hermanita Clara era un ángel; pero estaba aún muy niña. Había nacido doce días después de sepultado el padre, y aún ni balbucía ese "¡mamá!" "¡papá!" que se recoje con besos locos y arrebatados de entre los labios temblorosos, inciertos y torpes.

Tranquila se deslizaba la vida de Andrés, en medio al campo solemne, entre flores, entre follajes, al arrullo de las canciones de los pájaros y al murmurio del cercano río, que serpeaba entre césped; crecía, se desarrollaba ese cuerpo consagrado á Cristo, esa alma caudorosa ofrecida en holocausto á la Virgen María, esa copa de pureza. Se impregnó de perfumes silvestres, respiró aires sanos, aprendió á leer en el pétalo de una rosa y á descifrar misterios y adivinar enigmas en la lámina azul y brillante del cielo primaveral y en la onda juguetona y parlera de un arroyo. Gustaba de sumirse en contemplaciones. Era un devoto de la Naturaleza. Alababa á Dios, que hacía fuertes á los árboles y daba pan tierno para sus bocas. Cuando cantaba un pájaro, creía columbrar á través de ese bullente tropel de notas la boca roja de un ángel blanco, de espléndidas alas, que cantaba en honor á su Dios. Antes que á leer, Andrés aprendió á sentir. Su pobre alma, golondrina tímida que no se trevíá á abandonar el tibio nido, se abrió á ese poder que arrebató á las almas predestinadas. Se despertó asustada. Tembló! Y luego, palpité mansamente, sin precipitación. Se abrió, y fue devota de esa gran religión universal. Fue con paso tímido al gran bos-

que anciano, bajo cuyo espeso dombo de follajes se alza el altar, limpio de imágenes, y derramó sus flores de ensueño, y sus capullos de esperanzas á los pies de esa *ignota idea*, de esa que sentimos pero que no nos explicamos. A través de los ramajes brillaba el sol, y la resina de los enormes pinos tenía olores de mirra oriental. Arpa era el ramaje tupido de la ceiba vetusta y orquesta sagrada la jocunda algarada de los pájaros en las frondas rumorosas.

Cuando el niño cumplió diez y seis años, la madre, la buena doña Julia, pensó en realizar sus proyectos tan acariciados. Pensó en hacer de Andrés un sacerdote modelo, un ejemplar cura de almas. Y lo llevó al Seminario de la ciudad cercana, cabecera del departamento. El viejo rector, anciano respetable de cabellera en que ya nevaba el tiempo crüel, recibió limpia é intacta esa oveja de Dios, que debía poner en seguro camino, encaminarla de la mano hacia la luz. Aprendería á amar á su padre santo sobre todas las cosas. Y comenzó á cursar preparatorios, para luego entrar formalmente á la carrera eclesiástica. El muchacho, creado en libertad, en el campo libre, se resintió primero de aquella vida claustral. Pasó los primeros días silencioso, huraño, taciturno. Buscaba la soledad y evitaba las conversaciones. A la hora de los estudios, tomaba su libro y se iba á sentar en algún rincón de los corredores desiertos ó bajo alguno de los árboles frondosos del patio. En clase, cuando el dómine declamaba el latín, tenía largos espasmos de soñador. A través de los cristales limpios, columbraba un trozo de cielo azul. Y su imaginación se iba triscando á su pedazo de montaña. Iba entonces en correrías, cogiendo nidos y cortando frutas. Iba al río y creía zambullirse en su linfa clara y fría. En la cara del maestro, creía descubrir el rostro risueño del papá muerto. Y el muchacho suspiraba y su alma se refugiaba en una vaga neblina de tristeza.

Ese fue el noviciado. Luego, Andrés se acostumbó á aquella vida de privaciones; estudió mucho y aprendió más. Oraba mucho y por su fervor religioso y su conducta ejemplar se hizo querido por todos. Se hizo muy devoto de una hermosa Magdalena, que dentro de un camarín de cristal estaba en la capilla. Se pasaba horas enteras, con su libro debajo del brazo, rezando ante esa divinidad, que en vida había amado como aman todas las mujeres, había gozado como todas deben gozar, libremente, despilfarrando su vida jovialmente. Aquella imagen le turbaba, le embotaba los sentidos. Ya no podía pasar sin contemplarla. Todas las mañanas la veía, y llegó el amor, el amor santo y puro, á germinar en esa alma hecha de sumo de azahar y polvos de lirio. Despuntó al alba el capullo cerrado que se desarrolló bajo la caricia de esos ojos sin luz, al amor de las sonrisas de esos labios muertos. Luego, á la hora de la tarde, se abrió el botón. Se desgajaron los pétalos y en el fondo de las apretadas redondeces, brilló una perla de rocío; lágrima de Flora. El amor era ya verdadero. La silueta de esa Magdalena sonriente, de rizosa ca-

bellera negra y perfumada y de cutis color de pétalo tierno de rosa, no se borraba del fondo de su pecho. Iba allí, como dentro de un relicario. Cuando entrecerraba los ojos, presa de una somnolencia mística, veía que esos labios inmortales le sonreían con pasión. Ah! Ese amor imposible era devastador. Consumía lentamente al pobre novicio que estaba ya para ser neófito. Era una obsesión terrible; un sueño imposible.

Una noche se acostó, presa de una fiebre nerviosa. Soñó con ella, con esa virgen cruel que lo inducía al crimen. Soñaba que ella, desde su trono de nubes, le llamaba y que él iba á ella. Sintió que le brotaban alas y que su cabeza se circuía del nimbo de luz del predestinado. Y llegó á besar atrevido esos labios que pedían el mordisco y hacían señas provocativas al beso dormido. Desfloró esos labios vírgenes. Y ella tuvo para él, el castigo de corresponder á su beso. Quiso asirla fuertemente, con frenesí, estrecharla contra su pecho como queriendo fundirla en sí mismo, y la Magdalena, la novia blanca, la virgen clemente, desapareció, se borró como se deshace en el ambiente el humo del incensario, como se borra, al ímpetu de la ola, el nombre amado que trazó sobre la arena el toso bastón de un peregrino. Se despertó sobresaltado. Su nariz se inflaba lasciva. Suspiros entrecortados brotaban de su pecho palpitante é inquieto. Una lámpara alumbraba el camarín donde un San José rubio velaba su sueño y les bendecía con su mano siempre levantada é inmóvil. Su cama estaba sumida en la penumbra. Y Andrés tuvo un pensamiento fatal. Se vistió su hopalanda negra, metió sus pies descalzos en unas pantuflas y cauteloso, lleno de miedo, logró escaparse del dormitorio sin hacerse sentir de nadie. Ya en el corredor, tuvo un brusco arrepentimiento, quiso volver sobre sus pasos, irse á la cama, azotar con oraciones esos deseos sublevados, hecharlo todo al olvido; pero venció al deseo en perspectiva, otro deseo sutil de sibarita, un capricho voluptuoso de mundano. Atravesó corredores desiertos. El ruido de sus pisadas sonaba seco, ruidoso, y le daba miedo; temblaba. La luna, llena, hermosa, tendía su manto de plata sobre el vasto patio y daba á los grupos de árboles aspectos fantásticos. El grillo chillaba oculto entre las piedras, y de cuando en cuando el canto agorero del buho hería el silencio con sus notas tristes. Cuando había logrado ya ganar la puerta de la capilla, sintió tras él como ruido de pisadas. Volvió lleno de espanto la cara y no vió nada. Ah! ¡Y él, que pensó que alguno de los celadores le había avanzado! Nada descubrieron sus ojos. Todo estaba solo, triste, sepulcral. Llegó á creer que alguien, recatado, le seguía y vaciló en abrir la puerta de la capilla. Después de reflexionar un tanto, corrió las hojas de cristal y abrió la puerta. Allí estaba ella! En el altar ardía una candileja que daba una luz mortecina, una luz vaga que hacía tomar á la capilla un aspecto lúgubre. Marchó hácia la Magdalena y hechándose de rodillas, tuvo la debilidad de balbucear una declaración amorosa. ¡Oh! ¡Hasta

que anciano, bajo cuyo espeso dombo de follajes se alza el altar, limpio de imágenes, y derramó sus flores de ensueño, y sus capullos de esperanzas á los pies de esa *ignota idea*, de esa que sentimos pero que no nos explicamos. A través de los ramajes brillaba el sol, y la resina de los enormes pinos tenía olores de mirra oriental. Arpa era el ramaje tupido de la ceiba vetusta y orquesta sagrada la jocunda algarada de los pájaros en las frondas rumorosas.

Cuando el niño cumplió diez y seis años, la madre, la buena doña Julia, pensó en realizar sus proyectos tan acariciados. Pensó en hacer de Andrés un sacerdote modelo, un ejemplar cura de almas. Y lo llevó al Seminario de la ciudad cercana, cabecera del departamento. El viejo rector, anciano respetable de cabellera en que ya nevaba el tiempo cruel, recibió limpia é intacta esa oveja de Dios, que debía poner en seguro camino, encaminarla de la mano hacia la luz. Aprendería á amar á su padre santo sobre todas las cosas. Y comenzó á cursar preparatorios, para luego entrar formalmente á la carrera eclesiástica. El muchacho, creado en libertad, en el campo libre, se resintió primero de aquella vida claustral. Pasó los primeros días silencioso, huraño, taciturno. Buscaba la soledad y evitaba las conversaciones. A la hora de los estudios, tomaba su libro y se iba á sentar en algún rincón de los corredores desiertos ó bajo alguno de los árboles frondosos del patio. En clase, cuando el dómine declamaba el latín, tenía largos espasmos de soñador. A través de los cristales limpios, columbraba un trozo de cielo azul. Y su imaginación se iba triscando á su pedazo de montaña. Iba entonces en correrías, cogiendo nidos y cortando frutas. Iba al río y creía zambullirse en su linfa clara y fría. En la cara del maestro, creía descubrir el rostro risueño del papá muerto. Y el muchacho suspiraba y su alma se refugiaba en una vaga neblina de tristeza.

Ese fue el noviciado. Luego, Andrés se acostumbó á aquella vida de privaciones; estudió mucho y aprendió más. Oraba mucho y por su fervor religioso y su conducta ejemplar se hizo querido por todos. Se hizo muy devoto de una hermosa Magdalena, que dentro de un camarín de cristal estaba en la capilla. Se pasaba horas enteras, con su libro debajo del brazo, rezando ante esa divinidad, que en vida había amado como aman todas las mujeres, había gozado como todas deben gozar, libremente, despilfarrando su vida jovialmente. Aquella imagen le turbaba, le embotaba los sentidos. Ya no podía pasar sin contemplarla. Todas las mañanas la veía, y llegó el amor, el amor santo y puro, á germinar en esa alma hecha de sumo de azahar y polvos de lirio. Despuntó al alba el capullo cerrado que se desarrolló bajo la caricia de esos ojos sin luz, al amor de las sonrisas de esos labios muertos. Luego, á la hora de la tarde, se abrió el botón. Se desgajaron los pétalos y en el fondo de las apretadas redondeces, brilló una perla de rocío; lágrima de Flora. El amor era ya verdadero. La silueta de esa Magdalena sonriente, de rizosa ca-

bellera negra y perfumada y de cutis color de pétalo tierno de rosa, no se borraba del fondo de su pecho. Iba allí, como dentro de un relicario. Cuando entrecerraba los ojos, presa de una somnolencia mística, veía que esos labios inmortales le sonreían con pasión. Ah! Ese amor imposible era devastador. Consumía lentamente al pobre novicio que estaba ya para ser neófito. Era una obsesión terrible; un sueño imposible.

Una noche se acostó, presa de una fiebre nerviosa. Soñó con ella, con esa virgen cruel que lo inducía al crimen. Soñaba que ella, desde su trono de nubes, le llamaba y que él iba á ella. Sintió que le brotaban alas y que su cabeza se circuía del nimbo de luz del predestinado. Y llegó á besar atrevido esos labios que pedían el mordisco y hacían señas provocativas al beso dormido. Desfloró esos labios vírgenes. Y ella tuvo para él, el castigo de corresponder á su beso. Quiso asirla fuertemente, con frenesí, estrecharla contra su pecho como queriendo fundirla en sí mismo, y la Magdalena, la novia blanca, la virgen elemente, desapareció, se borró como se deshace en el ambiente el humo del incensario, como se borra, al ímpetu de la ola, el nombre amado que trazó sobre la arena el tosco bastón de un peregrino. Se despertó sobresaltado. Su nariz se inflaba lasciva. Suspiros entrecortados brotaban de su pecho palpitante é inquieto. Una lámpara alumbraba el camarín donde un San José rubio velaba su sueño y les bendecía con su mano siempre levantada é inmóvil. Su cama estaba sumida en la penumbra. Y Andrés tuvo un pensamiento fatal. Se vistió su hopalanda negra, metió sus pies descalzos en unas pantuflas y cauteloso, lleno de miedo, logró escaparse del dormitorio sin hacerse sentir de nadie. Ya en el corredor, tuvo un brusco arrepentimiento, quiso volver sobre sus pasos, irse á la cama, azotar con oraciones esos deseos sublevados, hecharlo todo al olvido; pero venció al deseo en perspectiva, otro deseo sutil de sibarita, un capricho voluptuoso de mundano. Atravesó corredores desiertos. El ruido de sus pisadas sonaba seco, ruidoso, y le daba miedo; temblaba. La luna, llena, hermosa, tendía su manto de plata sobre el vasto patio y daba á los grupos de árboles aspectos fantásticos. El grillo chillaba oculto entre las piedras, y de cuando en cuando el canto agorero del buho hería el silencio con sus notas tristes. Cuando había logrado ya ganar la puerta de la capilla, sintió tras él como ruido de pisadas. Volvió lleno de espanto la cara y no vio nada. Ah! ¡Y él, que pensó que alguno de los celadores le había avanzado! Nada descubrieron sus ojos. Todo estaba solo, triste, sepulcral. Llegó á creer que alguien, recatado, le seguía y vaciló en abrir la puerta de la capilla. Después de reflexionar un tanto, corrió las hojas de cristal y abrió la puerta. Allí estaba ella! En el altar ardía una candileja que daba una luz mortecina, una luz vaga que hacía tomar á la capilla un aspecto lúgubre. Marchó hácia la Magdalena y hechándose de rodillas, tuvo la debilidad de balbucear una declaración amorosa. ¡Oh! ¡Hasta

dónde llega el amor! Creía Andrés, en esos instantes de fiebre, que esa mujer era de carne y hueso, que esos labios de veras le sonreían y que esos ojos negros, solo tenían miradas para él, sólo para él. En un raptó de pasión, el sacerdote en ciernes profanó la imagen santa. Se subió sobre el altar que sustentaba á la Magdalena y ya, cerca de ella, tendió su mano irreverente y la posó sobre esa cabeza soberbia. Sintió una sensación deliciosa; por su cuerpo todo, corrió un escalofrío de deseo. ¡Aquella suavidad de seda! Murmurando la eterna frase de "¡Ámame, mujer!", estrechó entre sus brazos á la imagen y posó sus labios en los de ella, fríos, inertes. El beso sonó en la sombra con un fuerte chasquido, como rumor de alas que baten con presura. Y la besó hasta no querer. Besó esas mejillas, esos ojos, esos labios, la cabellera, el cuello, ¡y todo estaba frío! ¿Pero qué importaba? El ardor, su fiebre, mataba ese hielo. Y la caricia le parecía á Andrés verdadera, tibia. Poseído de una lascivez loca, llegó atrevido, ¡el infame!, á posar su mano en el pecho de la Magdalena, que no dejaba de sonreír. Desabrochó, rompió la túnica tinta, y sus dedos buscaron la suavidad de plumón, la morbidez de turrón de ese seno albo, no tocado por ningún beso, no mancillado por ningún labio humano. Entonces el placer llegó á su colmo. Andrés se sintió poseído de una debilidad extraordinaria, se desvanecía, iba á caer ya, y en el supremo instante dió á esos labios crueles el último beso. Rodó al suelo, y al caer, su cabeza chocó contra una grada de mármol, y se produjo un ruido seco, como de lingote de hierro que cae. La sangre inundó el pavimento limpio, y la faz de Andrés se vió en pocos instantes manchada de rojo. Y la Magdalena, desde su altar, con ojos impávidos y labios sonrientes, llenos aún de la humedad de los besos, con el corpiño desabrochado, al aire el seno de mármol, veía al pobre enamorado, desvanecido, pálido, inerte, muerto tal vez.

\*\*\*

Al día siguiente, cuando uno de los asistentes penetró en la capilla para componer en los floreros las flores nuevas, sacudir los trajes de las imágenes y lavar el pavimento, encontró á Andrés, desvanecido aún, tan pálido el rostro que simulaba una máscara de cera, y entre manchones de sangre coagulada. En el instante dió parte al rector y acudieron todos. Fue un tumulto. Hicieron llevar á su cama al novicio y practicó el médico del establecimiento la primera cura. Poco después de efectuada ésta y á fuerza de esencias y mil nimiedades caseras, se hizo volver en sí á Andrés. Abrió vagamente los ojos vidriosos, húmedos como los de un demente; entreabrió los labios marchitos, para dar paso á un suspiro, á un débil quejido. Miraba vagamente en su derredor, como preguntándose en dónde se encontraba. Estaba muy débil. La enorme cantidad de sangre perdida le había dado un aspecto de cadáver. Los ojos los tenía rodeados de grandes ojeras moradas; las mejillas pálidas, desen-

cajadas y la frente vendada, envuelta en lienzos de lino y colocada muellemente sobre un almohadón. Ocho días estuvo así, sumido en ese ensimismamiento, y en todo ese lapso de tiempo no moduló palabra alguna.

El hecho de haberse hallado en ese estado, en la capilla, lo tomó el rector como un raptó de reconcentrado misticismo del alma de Andrés. ¡Era tan bueno! El rector, un buen viejecito de cabello tan blanco como el vellón de un cordero, tan amable como un abuelito, tan bueno como el pan y tan benéfico y excelente como un luis de oro, quería mucho á Andrés, porque había visto en él madera para un buen sacerdote. Era éste muy estudioso. Leía mucho, ejercitaba mucho su imaginación, practicaba, á solas, gimnasia intelectual y hasta había escrito ó estaba escribiendo un largo estudio sobre la filosofía de Tomás de Aquino y otro sobre los dogmas de cierto apóstol. Era un buen muchacho, que prometía mucho.

Muy interesado estaba Fray Angélico (nombre del rector), en la curación pronta de Andrés. Él propio le daba á tomar las medicinas y en su presencia y bajo sus órdenes se le hacían las curaciones. Por la noche, cuando todos dormían, y antes de irse á su celda Fray Angélico á descansar, se daba una vueltecita por el apartamento á que habían trasladado á Andrés, aplicaba su mano á la cara del enfermo y si la sentía ardiente, calenturienta, movía la cabeza tristemente, y si la sentía algo fresca, en su labio ajaço se reflejaba una sonrisa y daba gracias al Señor. ¡Qué buen padre!

En un término de veinte días, entró en un período de franca convalecencia. Se levantaba y daba paseitos por el jardín, apoyado en un bordón ó en el brazo de un compañero, pues lo necesitaba, porque estaba aun muy débil. Iba despacio, aspirando con deicia los perfumes de las flores, viendo cómo los pájaros saltaban nerviosos de rama en rama y cantaban á la diablo. Un día, al pasar junto á un grupo de verbenas y al querer aspirar con fuerza y arrobarse con ese fuerte aroma, tuvo un ligero desmayo. Iba solo y no tuvo quién lo recibiese en sus brazos; cayó sobre la alfombra de musgo y así permaneció algún tiempo.

Una mancha de violetas, le arrancaba lágrimas y una maceta tupida de gardenias le recordaba cosas frescas de su niñez! Ah! Esos recuerdos que al evocarlos llenan de fuerza y brillo el alma que sozobra en la lucha! Recordaba su primera comunión, el templo humilde de su pueblo; á la Virgen María, en pleno mayo, mes de su glorificación; á su hermanita Lelia, que debía ser una muchacha ya formada. Y eso sucedía en abril. Primavera se despertaba lujuriosa y fuerte! El jardín se llenaba de verdor. Las macetas agostadas reverdecían y se tapizaban de capullos. Las rosas abrían su broche, como coquetuela que se quita el corsé, y las fresas abrían sus bocas húmedas y sonreían al convalesciente, como incitándolo á comerlas. Cuando se cansaba, se echaba á descansar y sucedía á veces que se quedaba dormido hasta muy tarde-

Un mes pasó así. Al cabo de él se dió á sus estudios. No olvidaba jamás á la Magdalena. La amaba más que nunca, pero sofrenaba su ansia, sabía poner freno á su fiebre. La veía en sueños, á través de la bruma dorada, que Mab tiende ante los ojos de los soñadores. Siempre hermosa, sonriente, blanca, pura. Andrés recordaba vagamente la escena de la capilla, su fiereza de enamorado y le invadía una honda tristeza, una desesperación muda. ¡Tan atrevido había sido! Y llegó un día hasta á llorar.

Y el amor crecía. El alma del pobre Andrés estaba herida, tal vez de muerte. Quería él olvidar su amor imposible, y hacía grandes esfuerzos. Quería dejar esa como obseción que le perseguía constantemente y todo le era imposible. La llama que en el estrecho santuario ardía, amenazaba consumirlo todo. Cuando hojeaba algún viejo folio, enmedio á la aridez de la filosofía, dejaba él margen para sus divagaciones y se perdía su imaginación en ese laberinto. Un día hojeaba un gran libro con curiosidad, y al volver una hoja, dió con una flor seca. ¡Qué asombro! Tomó el cadáver entre sus dedos y aspiró aquel perfume vago, ya casi muerto. Y eso fue suficiente para despertar en él, con más fuerza, la pasión que lo devoraba. Atizó la lumbre, con ansias y promesas. ¿Cómo llegó allí esa flor y por qué la había encontrado entre las amarillentas páginas de ese volumen? Esa pregunta se hacía, y se forjaba historias á su antojo. Llegó á pensar una tarde, en que daba vueltas en su cerebro á esa preocupación: ¿Será la Magdalena la que le dió esa flor al sacerdote que allí la dejó? Y esa tarde fue á ver á la novia á la capilla. Allí estaba, como siempre! Se postró de rodillas y le pidió perdón por sus raptos, en aquella noche desgraciada. Le pidió que lo amase. ¡Torpezas! Y la Virgen no desplegabá los labios para dar un consuelo al infeliz.

¡Amar un imposible! Yo he llegado á pensar que ese, ese mismo amor que no promete, es el amor que debemos abrazar, al que debemos asirnos, llenos de fe, como al pie tosco de una cruz protectora. Amor que no daña; amor que no desdeña ni engaña; amor que no siembra en el alma virgen la adelfa de la blasfemia y la verbera de la desesperanza; amor que no da besos, ni pone en la mano el arma del suicidio. Ah! Ese es amor! El que no tiene código y ni condena injustamente á infierno al que por derecho merece el cielo. Amor de ensueño, que se presiente, pero que no se palpa; Musa ideal que se esfuma al primer rayo de luz de la mañana que atraviesa el cristal del balcón; música que es apaga, cuando vibra la campana de la iglesia dando su primer toque y cantan su diana las parvadas de pájaros del jardín .....

Yo ya he experimentado ese amor. Tuve por algún tiempo una de esas pasiones. Se forjó mi fantasía una musa ideal, para la que eran todos mis ensueños. Tenía ella los ojos azules y lánguidos, como Loreley; los labios rojos y sonrientes, como Suzzeta; las mejillas frescas y sonrosadas, como Manón; las manos delicadas y blan-

cas de una duquesita y el seno erecto, mórbido, virginal y tímido de Colomba. Era la encarnación más hermosa que darse puede. Si mujer real hubiese sido, revolucionaría cerebros y heriría corazones. Pero milagrosamente, ella vivía no más en mi cerebro, no tenía rivales, ni en mi alma se enroscaban las sierpes de los celos, ni me me mordían el corazón las aves negras de la duda. Ella se conservaba pura de todo contacto ajeno. No habían sentido sus labios las sensaciones de otros besos que no fueran los míos. Sus ojos no me veían más que á mí, con mirada honda; y sus manos sólo á las mías les era dado estrecharlas con pasión. *Eile*, la llamé. Mas, luego un amor mundano me hizo echarla, á ella, á quien yo creí inmortal, en el olvido ingrato. Otros labios borraron de los míos la huella de aquellos labios ideales, y unos ojos, reales, muy negros y picarones, trastornaron mi cabeza. Y entonces, para ésta y no para aquélla fue el tesoro de todos mis ensueños. Le rimé versos, le envié cartas, hurté para ella flores en jardines ajenos, y... un día fatal, echado yo de hinojos á sus pies, sollozante, desconsolado, la llamé.... "¡ingrata!"....

Y á esa mujer la olvidé también.....

La honda pasión de Andrés, tomaba por días proporciones alarmanantes. Iba él extenuándose, debilitándose. Se tornó huraño. Casi no comía y pasaba todo el tiempo que sus clases le dejaban libre, en el fondo de la capilla, orando ante su Magdalena. Era una hermosa pasión. Se imaginaba él, en sus ratos de ensueño, en sus rápidas escapadas al país de la fantasía, que ella y él eran ya muy felices, que habían ya celebrado sus bodas y que pasaban su luna de miel en un frondoso jardín, en una blanca casita.... Ah! Hermosos sueños! Y él se formaba la idea de ese cuadro de felicidad infinita. ¡Qué besos tan sonoros y llenos de pasión! ¡Qué abrazos tan estrechos y efusivos! ¡Esa cabellera de ella, hundida como hecha de sombras, cayendo sobre los hombros albos y líricos, sobre los senos de mármol, purpurados ligeramente! ¡Esos ojos! ¡Esas mejillas, húmedas de besos!

Al pobre Andrés llegó á serle insoportable esa vida. Ideó buscar una forma material á esa Magdalena, ideal de poetas y obra de cincel. ¡Y fué arduo el trabajo! Por la noche, cuando todos dormían, Andrés se escapaba, disfrazado, y se iba á recorrer la ciudad, somnoliento, como loco. El placer no satisfecho ahogaba á ese temperamento ardoroso.

Se dió á los placeres, por fin. Encontró á una mujer perdida, á una escapada, que apasionada de su torpeza de colegial y su fiebre carnal, se lo llevó una noche á su *boudoir*. Ah! ¡Qué noche para Andrés! El placer saciado, el infinito deseo realizado al fin, el hartazgo de carne palpitante y tibia, los besos de esa mujer, los mordiscos de esos labios, tenían para él un indecible encanto. Por vez primera, su mano, que solo había tocado la carne de mármol, frío é inanimado, de la Magdalena, se posó en un seno palpitante,

sobre un corazón que vibraba junto al suyo, sobre una pierna encantadora, blanca como la leche y provocadora.

Y esa noche no volvió más al Seminario.

Por primera vez sus labios se posaron en el borde de la copa impura que guardaba el licor. Su querida, esa rubia trastornadora, le escanciò champagne, mucho champagne, hasta que le vió ya ebrio, tambaleándose, sudoroso, blasfemador como un energúmeno. Ella, la impura, también se embriagó, y los dos, él y ella, formaban cuadros que hubieran ruborizado á un licenciado. Al fin el pobre muchacho se desplomó de su silla, débil, impotente ya, y roncando, llena la boca entreabierta de espumarajos, apestando á licor, se durmió profundamente. La meretriz resistió aun más. Hechada en un *chaise-longue*, indolente, en posición lasciva, tenía á su alcance la mesa cargada de botellas, y se hartaba. Veía bailotear todos los muebles en derredor suyo, en extravagante danza: las luces parpadeaban, sentía escalofríos ligeros y picantes en su cuerpo, su cabeza se desvanecía y caía sobre el hombro, hasta que cedió y rodó al suelo, sobre Andrés, en el acto de empuñar una copa, la que al caer y chocar contra el suelo se rompió, y el licor manchó la pechera alba y la corbata gris de Andrés....

La lámpara, pendiente del techo, alumbraba el *boudoir* con luz tímida. Sobre la ancha cama de pino, cubierta de colcha celeste, yacían un coqueto sombrero de paja, lleno de flores, listones y pájaros, un abanico de plumas y una capotilla de pieles. Sobre la mesa de mármol, las botellas vacías hacían alarde de su blanca etiqueta blasonada y las copas guardaban aún las gotas postreras.

Desde el cielo, la Magdalena, pura é inmaculada después del pecado, contemplaba á su Andrés, á su "manso cordero", profanado, ebrio, en brazos de una impura.

## II

De aquel día, Andrés cambió del todo sus hábitos de vida. Se dió en cuerpo y alma á los placeres, se echó en brazos de esa diosa voluptuosa que llaman Borrachera y besó los labios de esa otra majestad, de esa musa negra, la Lascivia. Pasó por todos los lechos impuros, traspasó todos los umbrales de alcobas en que el dinero vence; sintió en sus labios caricias de besos profanos y á su cuello se anudaron muchos brazos en busca del hartazgo rápido de un placer brutal.

Ebrio, tambaleante, deteniéndose en las paredes, blasfemando como un mozo de cordel, iba por las calles, en busca de su casa, pero se dormía en cualquier punto, en donde la acción del sueño y de la embriaguez le eran ya irresistibles. Acontecía que á veces despertaba recostado, acurrucado en el quicio de una puerta ó sobre las baldosas frías de un portal. Ah! ¡Ese fatal despertar! La boca agria, pestilente, seca; los ojos hundidos, vidriosos; el cabello desordenado y la cara pálida, cadavérica. La cabeza le voltejaba; un fuerte dolor le martilleaba las sienas. Creía

que iba á morir, y se le saltaban á veces las lágrimas y juraba ser bueno.

Pensaba entonces en su pobre madre, que ya lo sabía todo; en su hermana, que tal vez lloraba de pena y de vergüenza en esos instantes. Pensaba en la Magdalena, la virgen buena que le miraba con ojos serenos y le sonreía eternamente con labios mudos. Entonces se ruborizaba, se llenaba de pena y repetía sus juramentos. Su vida infantil, dichosa, le parecía un hermoso sueño, un cuadro ideal.

Se veía niño, correteando por el campo, cogiendo frutas y flores, atrapando mariposas, hurtando nidos, y se creía transportado á aquellos días idos ya para siempre. La vida de Seminario le parecía algo así como un cuento, algo que se le antojaba entonces imposible. ¡Amar á una imagen, él, que era sacerdote! Era eso una profanación! ¡Besar con labios mundanos una boca de mármol santificado y místico! ¡Llegar al atrevimiento de rasgar la vestidura de la Magdalena, y buscar sus senos fríos! Ah... Andrés lloraba, se desesperaba y despertaba de su dolor, salía de su ensimismamiento, en un café, echado sobre una mesa tosca, entre ebrios que fumaban, charlaban rudamente y se reían de media humanidad, libremente, al buen viento, como mistrales, ebrios también... pero de sol y de rocío.

¡Pobre Andrés! Le era necesario emborracharse, ahogar su dolor y su remordimiento en la onda ardiente del alcohol, que transtorna el cerebro y entorpece los temperamentos. Y ya ebrio se sentía como libre de ese peso fatal. Entonces buscaba las alcobas impuras, buscaba el beso consolador en labios mancillados, refugio en los senos laxos y manoseados y en los brazos que á tantos otros más habían encadenado antes que á él.

Así vivía, como una bestia, encañándose en el fango, manchando aún más su alma impura y sellando sus labios con una caricia fatídica; la de la muerte.

Si. Un médico se lo dijo un día á Andrés, el día en que él creyó que estaba enfermo y corrió á casa de un galeno:

—Si U. continúa tomando y gastando sus fuerzas lastimosamente, morirá muy luego!

Esta sentencia fatal puso como un tanto á esos desbordes. Ya no se embriagaba con tanta frecuencia é iba á pasarse los días á la sala de la Biblioteca Pública, leyendo y tomando notas. Un día amaneció de humor y le escribió á su madre diciéndole que ya no bebía, que le prometía llevar buena vida y no darle disgustos. Cuando más, Andrés se embriagaba los domingos y días de guardar y uno que otro de semana hábil. Iba ya á ver á uno que otro amigo y éstos, viéndole ya casi reformado, llegaron hasta á darle dinero al préstamo, sin ningún documento.

Pero el amor aquel, romántico, celeste, no se borraba de su pecho. Ante sus ojos, aparecía perennemente la amable Virgen, sonriéndole. Las imágenes de todas las mujeres poseídas se borraban, desaparecían, pasaban como fantasmas ó esbozos de una cámara kaleidoscópica. Mujeres



pasadas. . . . . Pétalos ajados. . . . Listones rotos y amarillentos . . . . Cartas despedazadas y retratos indescifrables! Ah! Andrés pensaba en su vida pasada y buscó el medio, el modo de borrar de su alma esa mancha impura.

Rogó ser admitido de nuevo en el Seminario. Prometió ser moderado como antes, saberse llevar, encarrilarse é ir como oveja humilde tras ese camino de luz, lleno de rosas cándidas, que guía al paraíso, á la paz suprema, á todas las almas buenas.

Fue por fin admitido y el día en que franqueó el portón obscuro del vetusto edificio que tantos recuerdos queridos guardaba para él, juró por Dios, por su madre, por lo más sagrado, no distraer su imaginación en cosas mundanales, ser bueno, merecer el perdón para sus faltas pasadas.

### III

Por un corredor solitario y vasto, bajo las arcadas frías de piedra, camina un sacerdote, la cabeza inclinada, leyendo un libro de oraciones. Es Andrés. Va á la capilla.

Llega. La luz de la mañana inunda de radiosa claridad la capilla blanca, llena de flores, que tiene un aspecto de fiesta. Rulumbra las molduras doradas de los cuadros y los cristales de los camarines juegan con la luz. De afuera llega un rumor de vida. . . . .

Andrés se arroja ante la Virgen que lo indujo á pecar y se golpea el pecho rudamente, todo lloroso, desesperado; le pide perdón por sus imprudencias y le suplica, le ruega, que arroje de su pecho esa nidada de pájaros negros, esos remordimientos que le aniquilan, que lo matan poco á poco, en silencio, en medio á las sombras, camino de la duda.

El milagro se operó. Poco á poco fue entrando á Andrés la serenidad. En la noche de su alma se hizo la luz: salió el sol, un sol benéfico que ahuyentó las sombras. Volvió á su pecho la tranquilidad. Ah! Era otro! Se hizo, como antes, estudioso; devoto y humilde, como entonces. Se hizo querer, de nuevo, por sus compañeros, y en las aulas siempre resultó sobresaliente.

Después de varios años de estudio, logró salir, concluida su carrera, á ocupar la curia de su pueblo, al lado de su pobre madre, muy anciana, y de su hermana, que ya era también madre de familia.

ARTURO A. AMBROGI.

*El Figaro* se distribuirá todos los lunes por la tarde. Las personas que no lo reciban por algún descuido de los repartidores, se servirán darle aviso al señor Administrador, en la oficina de la Dirección de la Imprenta Nacional, 10ª avenida Sur, N° 84 —Teléfono N° 27.

## Tarde!

(DEL INGLÉS)

Coronada de flores la Alegría  
Detúvose al umbral de mi mansión:  
Viéndola irse, le rogué que entrara,  
Y ella me dijo:—“No!”

Con una antorcha que alumbró mi estancia,  
La Fortuna en mi hogar se presentó.  
—“Has venido á quedarte?”—preguntéle,  
Y ella me dijo:—“No!”

La Fama vino en esplendente traje  
Y al verla allí latió mi corazón;  
Le conté mis ternuras y mis sueños. . . . .  
Y desapareció.

Hollando rosas, sonriente y puro  
Vi llegar á mis puertas el Amor;  
Le pedí sus caricias y sus besos,  
Y contestóme:—“No!”

Después á mí vinieron la Alegría,  
La Fortuna, la Fama y el Amor;  
Pero ¡ay! cuando volvieron, era tarde,  
Y yo les dije: “No!”

ISAÍAS GAMBOA.

—\*\*\*—

## Yo pienso en tí”

Cuando ya el alba nos trae el día,  
Cuando en su nido canta el sinsonte,  
Cuando el sol baña de luz el monte  
Todo es encanto, todo es poesía.

En las cimbrantes verdes palmeras  
Que adornan bellas las altas lomas,  
Cantan y arrullan tiernas palomas  
Que al sol saludan de mil maneras.

Cuando su cáliz abren las flores  
Y sus perfumes lleva la brisa,  
Que corre leda, que se desliza  
Y pasa entre ellas cantando amores,

Y el claro y manso, suave arroyuelo  
Que va corriendo cabe las cañas,  
Retrata el verde de las montañas  
Como retrata nubes y cielo;

Cuando el sol viste manto rubi  
Y al monte baña con sus fulgores,  
Entonces niña de mis amores,  
Alma de mi alma, “yo pienso en tí”.

GUSTAVO M. MEDINA.

Imprenta Nacional.